

CAPÍTULO XX

FIRME CREENCIA DE LOS TARAHUMARES EN LA VIDA FUTURA—CAUSAS DE LA MUERTE—LOS MUERTOS SON MALOS Y QUIEREN LLEVARSE Á SUS FAMILIAS—CURIOSOS MEDIOS DE ALEJARLOS—TRES FIESTAS Y UNA CACERÍA—LOS ENTIERROS—UN SERMÓN FÚNEBRE.

TAN arraigada está en los tarahumares la idea de la inmortalidad, que la muerte no es para ellos sino un cambio de forma. Creen con toda certeza en la vida futura, pero temen á los muertos, creyendo que se complacen en causar daños á los vivos. Proviene tal temor de suponer



De duelo.

que los muertos están solos y que anhelando la compañía de sus deudos, provócanles enfermedades para que mueran y se junten con ellos. Cuando fallece algún individuo á pesar de todos los esfuerzos del curandero por salvarle, dicen los indios que se va porque lo han llamado ó se lo llevan los que se han ido antes. Supónese también que los

difuntos conservan su afición á las buenas cosas que han dejado en el mundo, y que hacen cuanto pueden por tenerlas. Tan firme es la idea de que los desaparecidos siguen adueñados de cuanto poseían, que se les juzga celosos de sus herederos, á quienes no dejan dormir por las noches, obligándolos á sentarse á platicar junto al fuego. Para calmarles su descontento, se les ofrece tesgüino y toda clase de alimentos, porque necesitan lo mismo que necesitaban aquí. Se celebran en el trascurso del año varias ceremonias para alejarlos, y los supervivientes se mantienen tomando precauciones para impedirles volver á molestarlos.

Á veces son los hechiceros quienes envían á los muertos para que perjudiquen y enfermen á la gente, pero por lo general los muertos mismos vienen á hacerlo por su propia cuenta. Entran nocturnamente en su casa para beberse el tesgüino, tomarse la comida preparada para el convite y echar á perder todo lo que no pueden comerse. Para poner á salvo el licor, se colocan arcos y flechas junto á los jarros, y se cubren las vasijas con ramitas de olorosa artemisa. Los muertos gustan asimismo de matar el ganado y las ovejas, y escupir y soplarles en la cara á los vivos para enfermarlos y causarles, si es posible, la muerte. Á veces se aparecen los espíritus de los muertos, y los curanderos los ven volando por el aire como pájaros. Cuando el alma de alguno da en habitar en una casa, el dueño comenzará por sentir una impresión desagradable, é irá consumiéndose hasta morir, á menos que el doctor prodigue al difunto tesgüino en abundancia y lo aleje con encantamientos. Se supone que los muertos salen por la noche; de manera que los tarahumares no caminan después de oscurecer, por temor de encontrárselos y que les chiflen al pasar. Sólo los doctores pueden viajar de noche, y aun ellos tienen á veces que luchar con los muertos que salen de las cuevas corriendo á gatas. De día no les tienen los tarahumares ningún miedo, no obstante que ni entonces se

atreven á visitar los sepulcros antiguos ó modernos. Me fue muy difícil encontrar indios para que me llevaran los esqueletos que exhumé de las antiguas sepulturas, y aun los mexicanos mismos se resistían á que sus animales condujesen tal carga, para que las mulas no fuesen á cansarse, es decir á rodar y matarse.

Á la persona que muere, le cierran los ojos, le cruzan las manos sobre el pecho, y todos sus parientes le hablan sucesivamente para decirle adiós. La llorosa viuda ruega á su marido que ya que se va y no quiere estar más en su compañía, no vuelva á asustarla á ella ni á sus hijos ni á nadie, y lo implora para que no se los lleve ni les haga ningún daño, suplicándole que á todos los deje en paz.

La madre dice á su niño muerto: "¡Ahora vete. No vuelvas más, ahora que estás muerto. No vengas de noche á buscarme el pecho; vete y no vuelvas más!" Y el padre dice á su hijo: "No vuelvas para pedirme que te lleve de la mano ni que te haga nada. Ya no te conoceré. No vengas á andar por aquí; quédate por allá."

Envuelven el cadáver en una cobija, antes de que se enfríe, para enterrarlo más tarde; lo rodean desde luego de bastante comida, y riegan ceniza encima del cuerpo y á su rededor para poder descubrir, por las huellas que deje, en qué clase de animal se convierte. Como el olor de la comida atrae seguramente en la noche á alguna zorra ó coyote, rata ó gato, quédanse creyendo los parientes que el difunto ha tomado la forma del animal que devoró su comida. El curandero puede decir, sin necesidad de ver las pisadas, en qué clase de animal se ha transformado el muerto.

Dentro las veinticuatro horas de ocurrida la defunción, se procede al entierro, conduciendo el cadáver entre dos hombres, después de amarrarlo de tres ó cuatro partes del cuerpo sobre uno ó dos palos. Las mujeres nunca asisten al sepelio. Al punto como salen los encargados de los

funerales, pónense ellas á lavarse muy bien, y cuando los primeros regresan, queman ramas de cedro dentro de la casa para curarla.

En una fosa abierta junto á una cueva ó en su interior, tienden al muerto con la cabeza al oriente y los pies al occidente, bien que en algunas grutas no se observe esta regla, pues he encontrado restos humanos depositados de acuerdo con la disposición del piso. Se cubre el cadáver con una pulgada de tierra, luego con una capa de ramas de pino ó de palma colocadas longitudinalmente, y extiéndese encima otra capa de tierra de cinco ó seis pulgadas, arrojando sobre todo ello bastantes piedras. Los cuerpos de los adultos se entierran derechos, pero por lo general, á los niños les doblan las piernas.

Tal es el modo común como sepultan á sus muertos los tarahumares paganos. Otro modo igualmente general, es acostarlos de espalda sobre el piso sin cubrirlos de tierra, y cerrando en seguida la boca de la cueva con piedras ó con piedras y lodo. Dentro de algunas cuevas se encuentran varios cuerpos así.

En mis exhumaciones he encontrado frecuentemente pedacitos de carbón cuya existencia se explica por el hecho de que, durante la primera noche, encienden fuego los dolientes cerca de la fosa, con el mismo objeto, actualmente, que las velas. Esto explica también lo ahumado del interior de las cavernas sepulcrales, incluso las antiguas.

Se dejan al muerto su bolsa de cuero y tres pequeños bules con frijoles. Á la izquierda de la cabeza se le ponen tres mazorcas y un jarrito de tesgüino; junto á los pies, otro jarrito de tesgüino, su arco y sus flechas, la piedra que sirve para dar dirección á las flechas, otates y cuerdas, su eslabón, el palillo con que se pintan las flechas, sus carrizos de succión, si el muerto ha sido curandero, en una palabra todo lo que poseía de poco peso, juntamente con bolas de trementina, soguillas de *Coix Lachryma-Jobi* y

un peyote. En cuanto á las cosas pesadas, como su hacha, machete, chaquiras y dinero, los deja en el mundo porque con ellos no podría entrar al cielo, práctico procedimiento á que han recurrido los indios que están en contacto con los blancos, en vista de que los objetos de valor atraen frecuentemente á los ladrones. Las sandalias del muerto, su violín y las vasijas en que acostumbraba tomar su comida se guardan en lugar separado durante un año, esto es, hasta que se ha hecho la última función en honor del muerto; en seguida el curandero y otros hombres se llevan por la noche dichos objetos para enterrarlos en cualquiera parte, pero no con el difunto. Lo mismo se practica con las pieles en que haya fallecido, las que no vuelven á usarse por temor de que nazca de ellas un horroroso perro. Siempre se destruye la choza y se rompen los metates, jarros y chiquihuites.

Al tercer día del fallecimiento, comienzan los parientes á disponer para el muerto el primer convite, que se celebra dentro de los primeros quince días, para el que se matan dos ovejas ó cabras, cuyos pulmones, corazón y traquea, se cuelgan de un palo en el exterior de la cueva sepulcral.

Al punto como el tesgüino queda hecho, se procede á la fiesta, bien que en esta primera función se bebe relativamente poco. Los parientes, hombres y mujeres, visitan el sepulcro en el que dejan un jarro con pinole, una ollita con tesgüino, tres tortillas y tres cigarros si se trata de un difunto; pero tratándose de una muerta, se requieren cuatro tortillas, etc. El tamaño de éstas varía según la edad de la persona enterrada, empleándose las de tamaño ordinario para los adultos; á los menores de seis años en adelante, se les dan de tamaño mediano, y á los niños, como de pulgada y media de diámetro. He visto tortillas, de tamaño mediano, hechas en forma de cruz.

Todos los dolientes, comenzando por el curandero, dirigen la palabra al finado. El curandero le dice que debía

haberse llevado cuanto le dieron, sin venir á molestar á los que deja, á quienes es necesario que no inquiete, pues algún día tendrán que ir á donde él está. Aconséjale que no mate ninguno de los animales de su familia, pues ya le han sacrificado un borrego, dándole la mejor parte, los bofes, para que coma y no les quite lo que corresponde á sus deudos.

En la primera fiesta observé que, tanto los hombres como las mujeres, llevaban adornada la cabeza con una flor artificial. La hacen de un pedacito de caña abriéndole cuatro incisiones en un extremo y doblando las puntas hacia afuera para semejar la corola de una flor. Se la sujetan á un lado de la cabeza con la cinta de los cabellos. Los dolientes se pintan también, con carbón, cruces sobre la frente.

La segunda fiesta se da medio año después, matando asimismo animales y haciendo buena cantidad de tesgüino. Tres hombres y tres mujeres llevan comida y tesgüino á la sepultura, quedándose los parientes en su casa. Al regresar aquéllos se detienen á cierta distancia de la habitación y se arrojan unos á otros ceniza á la cabeza antes de entrar.

Para el tercer convite, que es al que se da mayor importancia, se escoge un animal de entre los últimos adquiridos por el muerto, y se prepara de comer y beber en gran cantidad. Esta fiesta es el último esfuerzo que se hace para despachar al difunto. Fabricase especialmente una gran vasija de barro, como de dos pies de diámetro y seis pulgadas de fondo, que se llena de agua, y en cuyo interior se coloca una jícara boca abajo. El curandero golpea la jícara con una mazorca asegurada al extremo de una varilla y le acompañan sus ayudantes, el uno agitando una sonaja y cantando el otro. Pasado un rato, levanta el curandero el trasto y después de dar tres vueltas con él, lo arroja al aire para que caiga al suelo y se haga mil pe-

dazos. Los circunstantes se ponen á bailar sobre ellos y la jícara.

Los jóvenes concluyen la función jugando una carrera de algunos centenares de varas, y mientras arrojan la pelota, van regando ceniza hacia los cuatro puntos cardinales para cubrir las huellas del muerto. Todos regresan llenos de regocijo y manifiestan su satisfacción tirando al aire sus cobijas, cotones y sombreros, porque se ha corrido al difunto. Si la persona fallecida es una mujer, las mujeres son las que emprenden la carrera con aros y varas.

He aquí como me fue descrita una tercera y rumbosa función, dada por una viuda:

Había cinco patios. En uno, dedicado al muerto, se plantó una gran cruz y otras dos pequeñas, junto á las cuales se pusieron tres bules con tescüino y un chiquihuite con carne cruda, y se encendió fuego, poniendo un hombre para que lo cuidara. En otro patio se levantó una cruz y se le colocó junto una rama de pino. Allí también se depositaron un jarro con tescüino y una cesta con carne cruda, al cuidado de un hombre y dos mujeres, pero sin hacerse ninguna ceremonia. El tercer patio se dedicó al culto del jículi, donde el curandero se puso á raspar y cantar. En el cuarto patio se bailó yumari y se clavaron una cruz grande y dos pequeñas. Finalmente, en el quinto patio colocáronse, en los cuatro puntos cardinales, cuatro teas de resinoso pino, de una vara cada una, siendo allí lo característico un hombre que bailaba solo entre las cuatro antorchas, cortando tres veces con su cuchillo cada una de las llamas al ejecutar, de cuando en cuando, sus danzas.

Atendiendo á los nombres con que designan los tarahumares estas tres funciones para el muerto, la idea principal de la primera es dar de comer; la de la segunda, repetir la comida; y la de la tercera, dar de beber. Las tres

fiestas se celebran en escala cada vez mayor, siendo la primera relativamente insignificante. Dura cada una, por lo común, un día y una noche, y comienza á la hora en que espiró el finado. Siempre hay un patio especial preparado para el muerto, y otro para el culto del jículi, además del que ordinariamente se dedica al baile; y se canta y aúlla mucho, con especialidad en la última fiesta.

Durante las mismas, el curandero echa á remojar yerbas y riega á la gente con su medicina. La danza y el canto del jículi desempeña siempre prominente papel en dichas festividades, por considerarse á la planta muy poderosa para alejar al muerto hasta el fin del mundo en donde va á juntarse con los demás. El yumari se baila de cuando en cuando, y se consume mucho tescüino, brindando en todas las fiestas con el muerto los que le sobreviven.

Se celebran tres fiestas para un hombre, y cuatro para una mujer, porque como ella no puede correr tan de prisa, cuesta más trabajo echarla fuera. Hasta que tiene lugar la última función, ne se pueden volver á casar el viudo ni la viuda, que son, de todos los parientes, los que más miedo le tienen el difunto.

Á la muerte de alguien, los que le han prestado algún servicio, como, por ejemplo, cuida su ganado por una semana, piden algo de lo aquél haya dejado; pero acaban por contentarse con un ceñidor ó cosa semejante.

Presenció una vez la fiesta funeral de un hombre que se había ahorcado quince días antes, ya fuese por influencia del licor, ó afligido por alguna pérdida. Se había convertido en un león. Dos hombres y dos mujeres le llevaron comida y tescüino, sin que los acompañara la viuda, porque el difunto había muerto solo, y temía que se la llevara. El suegro dirigía la procesión llevando la piel con los cuatro pies intactos, de una cabra que había pertenecido al finado. La mataron á fin de dársela para que se quedase en la

nueva vida en que estaba. Habían enterrado al suicida en una cueva pequeña, con los pies para la entrada. Depositada la comida junto á la cabeza, sentáronse las mujeres sobre una piedra y los hombres se quedaron en pie junto á la boca de la cueva, todos con la cara vuelta hacia el sepulcro. El suegro se sentó en una piedra junto á los pies del muerto. Aquella escena que se desarrollaba en medio de la sierra, en una tarde fría del invierno, causaba una impresión singular. El viejo, vigorosamente constituido, era hombre de importancia y curandero de gran reputación, que en toda su severa actitud demostraba su determinación de tener á raya al difunto. Parecía ejercer influencia tranquilizadora sobre todos los presentes. Difícilmente olvidaré la solemnidad y convicción con que reconvino al muerto por la violencia de su último acto. Quitándose la flor de los cabellos y cogiéndola con la mano derecha, la movía de arriba á abajo, al impulso de sus propios pensamientos, para acentuar sus palabras durante el cuarto de hora que estuvo arengando al suicida. Era aquel hombre un gran orador, y tan conmovedora su elocuencia que á mi intérprete Nabor casi se le rodaban las lágrimas. Era el discurso una especie de diálogo en que el orador respondía por el muerto, de esta guisa:

“¿Porqué estás aquí? Porque estoy muerto.—¿Porqué estás muerto? Porque me morí.—¿Porqué te moriste? Porque quise.— Eso no está bueno. No tienes vergüenza.—¿Te dijo tu madre que te dió á luz, que hicieras eso? Eres un bribón.—¿Dime porqué te mataste? Porque se me antojó.—¿Y qué has ganado con estar allí tirado con piedras encima? ¿No acababas de estar en casa tocando el violín con nosotros? ¿Porqué te colgaste del árbol?”

“Aquí te dejo este tesgüino y esta comida; te dejo carne y tortillas para que comas y ya no vuelvas. Nosotros no te necesitamos. Eres un tonto. Ahora voy á dejarte aquí. Ya no vuelvas á beber tesgüino en casa

con nosotros. Quédate aquí! No vuelvas á casa porque no te irá bien, porque te quemaremos. ¡Adiós, vete ya; no te necesitamos!”

Dijéronle adiós todos los presentes, y las mujeres agregaron: “Tonto!” Fuéronse todos á un aljibe donde se mojaron las ropas y todo, para que en su cuerpo nada les quedase del muerto, y al llegar á la casa se cambiaron lo mojado. En la noche se celebró una magnífica fiesta del jículi. Los indios se sentaron al rededor de un gran fuego que alumbraba con fantástica luz los grandes y viejos pinos del patio, mientras los bailadores se movían bajo aquella rojiza claridad. Semejante escena produce una impresión más profunda que cualquiera otra que se presencie en los teatros.

Los tarahumares cristianos creen que el curandero tiene que cuidar al muerto durante todo el año para que no se lo lleve el diablo y que si no se diesen fiestas, no dejaría el difunto de andar rondando en forma de animal. Esta es la triste suerte de la gente pobre que no tiene con qué pagar al curandero. Cuando el muerto no llegó á dar cumplimiento en su vida á las fiestas y sacrificios, tienen los curanderos mucho trabajo para conseguir que pueda subir al cielo, pues necesita de largas horas de hechizos y beber mucho tesgüino para poder levantar la cabeza, y otro tanto para redimir su cuerpo. Á veces se le cae hacia atrás la cabeza y necesita el curandero infundirle fuerza dándole más tesgüino.

No tienen grandes escrúpulos los tarahumares para remover los cuerpos de sus muertos, cuando llevan algunos años de haber fallecido y se supone que los han despachado convenientemente del mundo. Los huesos que no se llevan del lugar donde habían estado enterrados, los cubren de nuevo. Un tarahumar me vendió en un peso el esqueleto de su suegra.